

Onda polémica

Mala onda

de Alberto Fuguet en adaptación de Alejandro Sieveking

Dirección: Willy Semler
Con Daniel Alcaíno, María Izquierdo, Bélgica Castro y otros

Grupo Rock: A. Campos, J. Ihnen, C. Errandonea.

Escenografía: Maya Mora - Vestuario: Maité Lobos

Iluminación: Ramón López - Coreografía: Elizabeth Rodríguez

Video: Sergio Gándara, Julio Osses

Teatro Nacional en la sala Antonio Varas

Hans Ehrmann

Al margen de los abundantes pro y contra de *Mala onda*, una cosa está clara: en 1993, entre *Galileo* y esta obra, el teatro de la Universidad de Chile justifica su existencia, sin tener que evocar sus glorias del pasado o argumentos por el estilo. Hay que señalarlo, porque hace tiempo que no sucedía.

Escenificar una novela es azaroso y ya lo demostró la misma compañía en 1966, con su montaje *Coronación* de

Donoso. De partida, la novela de Fuguet, con la abundancia de monólogos interiores del protagonista, tiene un ingrediente básico, difícil de trasladar a un escenario. Al tener que prescindir de ese elemento, era complicado hilar una progresión dramática adecuada.

He allí el problema de un larguísimo primer acto, que a gritos pide cortes al director Semler. Es una larga exposición sin el aristotélico nudo que se resuelva en el desenlace; en lugar de eso, se usa una forma acumulativa, de episodio tras episodio que define las relaciones familiares del protagonista y el ambiente en que se mueve. Así surge una visión panorámica, casi costumbrista, de una clase social en un sector de la juventud que conduce al callejón sin salida en que se sumerge Matías Vicuña, el adolescente protagonista.

Aunque apoyado en un montaje ágil, donde la música rock, elementos de comedia musical y videos refuerzan el clima juvenil, hay una pérdida de ritmo y se cae en la reiteración, situación que por suerte está evitada en un

segundo acto que incluso parece más corto de lo que es.

La adaptación de Sieveking es bastante fiel al original (quizás demasiado). Por ejemplo, la importante escena de Matías y Luis en el aeropuerto de Rfo se pierde porque (a diferencia de la novela) se introduce en frío, cuando aún no se presenta y ubica al protagonista.

El momento en que transcurre la obra es ambiguo. Constantes alusiones al plebiscito, al Sí, al No, y también el vestuario de Maité Lobos sugieren la votación del '88, cuando en realidad se trata de la consulta anterior. Detalles como las alusiones a Frei, son insuficientes. ¿No habrá allí algún mecanismo de marketing para "actualizar" la obra?

Hay otros reparos teatrales, pero igual importancia tiene que el espectáculo en lo fundamental es juvenil, vital y refleja una realidad. Lo último, aunque no guste a Ignacio Valente o al alcalde Lavín. Es bastante probable que las reacciones del público estén divididas, en buena parte por factores generacionales.

Más aún que en la novela,

se enfatiza la descomposición de la familia, justamente en un estrato alto donde suele predicarse todo lo contrario. Se plantea que Matías, desorientado y entregado a la droga, es el producto de todo un medio familiar y social, hipótesis cuya carga política también motivará reacciones poco homogéneas.

Daniel Alcaíno parte inseguro, pero luego se impone como Matías y María Izquierdo sutilmente, casi por presencia, sugiere las características y contradicciones de la madre. Bélgica Castro (empleada, profesora) impone personalidad y oficio, robándose cada una de sus escenas. Puede que sobreactúe un tanto, pero más pesa el gusto de verla en acción. Daniel Muñoz (barman), Norma Norma Ortiz (Loreto) y Juan Francisco Melo (padre) tuvieron un desempeño correcto en una obra con pocos papeles individuales lucidos y muchas escenas en que prima una buena labor de conjunto.

Queda por verse si Fuguet sigue soñando con guiones de cine o se animará a escribir de teatro, sin temer que le salga *bomb*.